

*tra santa religion*, es á la manera de sus compatriotas, que profesan un gran respeto hácia todo lo legalmente constituido; ahora bien, la Iglesia cristiana tiene á su favor la autoridad de la ley y de la tradicion. Éste es el único carácter que distingue á Hume de los filósofos franceses, contemporáneos suyos. Los Ingleses no tienen el espíritu revolucionario de sus vecinos del otro lado de la Mancha; se contentan con ser incrédulos en teoría cada cual individualmente, y dejan á los demas que crean lo que tengan por conveniente. Hume dice en alguna parte, que tendria un sentimiento si algun creyente perdiese la fe por él. Hé aquí unos sentimientos muy respetables, pero que apenas aprovechan á la humanidad. Los hombres necesitan una religion que esté en armonía con su razon. Si los filósofos hallan que la fe revelada está en desacuerdo permanente con la razon, si piensan que esta fe conduce á la supersticion, por mejor decir, que es supersticiosa en su esencia, su deber es ilustrar á los hombres, porque el error en materia de fe engendra tambien el error en la moral; ¿y pueden vivir las sociedades con una moral corrompida? Es lo mismo que preguntar si el hombre se alimenta de veneno. Se alimenta de verdad. Aquellos que están llamados por Dios para investigar la verdad, los filósofos, no deben, pues, guardarse para sí los frutos de sus trabajos, deben difundirlos, porque son los misioneros de la verdad. Este trabajo es el que va á inaugurar la filosofía del siglo XVIII.

---

## CAPITULO II.

### LOS LIBRES PENSADORES Y LA RELIGION.

---

#### § I.— Los filósofos del siglo XVII y los libres pensadores del XVIII.

##### I.

Los filósofos del siglo XVII dicen que son cristianos; tienen la pretension de conciliar su filosofía con el cristianismo. Pero el éxito responde muy mal á sus buenas intenciones: Descartes y sus discípulos, en lugar de robustecer la religion revelada, la destruyen. ¿No es ésta una prueba evidente de que la mision de la filosofía es combatir la revelacion milagrosa? Los filósofos cristianos lo hacen sin querer y, por decirlo así, á su pesar. Despues vienen los deistas ingleses, que se llaman tambien cristianos, pero son cristianos que ninguna Iglesia los admitiria como suyos. ¿Cuál es la base del cristianismo tradicional? Los milagros y las profecias. Pues bien, los deistas enseñan que los milagros y las profecias son una ilusion del espíritu humano; no hay, pues, revelacion sobrenatural. ¿Qué es en ese caso el cristianismo? Despues de los deistas de Inglaterra vienen los filósofos franceses; éstos no se llaman ya cristianos; por el contrario, declaran una guerra á muerte al cristianismo; unos conservan las verdades fundamentales de la religion, otros van más léjos y combaten toda religion y predicán el materialismo y el ateismo: tal es al ménos la acusacion que pesa sobre su memoria.

Esta serie de escritores, cada vez más hostiles al cristianismo,



¿tiene alguna razon de ser? ¿Por qué los deistas ingleses despues de los filósofos del siglo xvii? ¿No bastaba la filosofía en su marcha prudente y mesurada á las necesidades del espíritu humano? ¿Es que la filosofía no podia coexistir con la religion, el libre pensamiento con la fe? ¿Por qué esos ardientes ataques de los deistas contra las bases de la revelacion cristiana? Los deistas al ménos permanecieron adictos al Evangelio; son cristianos á su manera. ¿Por qué los libres pensadores del siglo xviii no se contentaron con el deismo? ¿No les concedia plena y entera libertad de filosofar? ¿Por qué en el seno de aquella filosofía incrédula va creciendo la hostilidad contra la religion? ¿No bastaba Voltaire, que se habia impuesto la mision de destruir? ¿Por qué despues de los filósofos espiritualistas viene un grupo de materialistas y de ateos?

Á estas preguntas los defensores del cristianismo tradicional tienen una respuesta preparada. «Es menester estar ciegos, dicen, para no ver en la progresion de las doctrinas antireligiosas la ley fatal que rige á toda filosofía fuera del cristianismo. Descartes podia ilusionar á los hombres de fe; se creia que devolvia á la religion á todos aquellos que tenian demasiada confianza en su razon, y que estaban dispuestos á dudar de los dogmas que no están conformes con su vana ciencia. En realidad, Descartes era un pérfido auxiliar; véase su discípulo Mallebranche, es un individuo del oratorio, un religioso, y sin embargo sus doctrinas arrancan un grito de alarma á Bossuet; la fe se pierde y la razon la reemplaza. ¿Qué diremos de Espinosa? Decir que es discípulo de Descartes, ¿no es confesar que la pretendida filosofía cristiana del maestro es el enemigo oculto y, por tanto, más peligroso del cristianismo? En vano Leibnitz pretende conciliar la razon y la fe; su discípulo Wolf, ménos hábil diplomático, nos muestra á dónde conduce semejante transaccion; tiende á hacer racional la fe, es decir, á destruirla. ¿Preguntais por qué los deistas han aparecido despues de los filósofos cristianos? La respuesta es bien fácil: porque la filosofía conduce necesariamente al deismo, y el deismo no tiene de cristiano más que el nombre. ¿Quereis una prueba de ello? Está en vuestra extraña pregunta: ¿por qué los libres pensadores despues de los deistas? Los filósofos del siglo xviii proceden del deismo, solamente que, más osados que sus maestros, arrojan el

manto de hipocresía con que suelen cubrirse los Ingleses, y dicen en alta voz lo que los otros se contentaban con pensar en silencio. Voltaire reveló el secreto de la filosofía. Despues la turba de Holbach reniega de Voltaire mismo y va más allá que él: los ateos y los materialistas son los que nos dicen la última palabra de la filosofía. Hé aquí la respuesta á vuestras preguntas. Vuestra sucesion de libres pensadores es una evolucion lógica; la filosofía, por poco que se separe de la verdad revelada, conduce al ateismo. Esto es la condenacion de la filosofía y la glorificacion del cristianismo. La Iglesia enseña que fuera de su seno no hay salvacion. Los que no quieren escuchar la voz de la Iglesia, escuchan á los filósofos; éstos demuestran nuestro dogma á su manera. Han salido del seno de la Iglesia, ¿y á dónde han ido á parar? A la nada del materialismo.»

Nosotros podemos dar otra respuesta á las cuestiones que acabamos de plantear. Lo que los defensores de lo pasado maldicen, nosotros lo glorificamos; lo que ellos exaltan como la ley de salvacion, nosotros lo rechazamos como una supersticion que, si no ha sido inventada para encadenar el espíritu humano, al ménos es explotada por la Iglesia como un instrumento de dominacion. Precisamente porque la filosofía del siglo xvii se llamaba cristiana es por lo que hubiera sido impotente para librar á la humanidad de las cadenas de una fe ciega y supersticiosa. Aquella fe vacilaba; los hombres que estimaban su razon, la abandonaban. ¿Qué viene á decirles Descartes? «No teneis razon en separaros de la Iglesia; yo os aseguro que la fe y la razon son idénticas.» «¿Pero y si la razon no estuviese en armonía con la fe?», preguntan los libres pensadores. «En ese caso es preciso que la razon se someta á la fe», responde nuestro filósofo. ¿No quiere decir esto que la fe es la señora y que la razon es su muy humilde servidora? No se apresuren á protestar los admiradores de Descartes; el maestro mismo nos dirá si interpretamos mal su pensamiento.

Galileo es contemporáneo del filósofo frances. Sabido es que la Iglesia ha protegido siempre las ciencias, y que va siempre á a cabeza del movimiento intelectual de la Europa moderna; sus defensores son los que emplean este lenguaje. ¡Imprudentes apolo-gistas cuya apología se vuelve contra la Iglesia que quieren



defender! Hay en Roma una sagrada congregacion de la fe, compuesta de los cardenales más eminentes, como es natural. Se le dice que un sabio italiano acaba de probar que la tierra gira al rededor del sol. Inmediatamente los monsignori se reúnen, deciden que la opinion del movimiento de la tierra es *absurda y falsa en filosofía y errónea en la fe*. El pobre Galileo se vió obligado á retractarse de una doctrina matemáticamente probada; la inquisicion estaba allí amenazadora, y asustaba al débil anciano. ¡Hé aquí cómo la Iglesia es protectora de la ciencia! Llegamos á Descártes. Habia escrito una obra sobre el *Mundo*, en la que sostenia, lo mismo que el astrónomo italiano, que la tierra gira alrededor del sol. ¿Qué hizo cuando supo la condenacion de Galileo? ¿Se apresuró á publicar su tratado para poner en evidencia á aquellos bribones ignorantes, que se llaman cardenales, y que se meten á decidir cuestiones científicas de que no saben una palabra? Descártes suprimió su obra; él mismo nos dice la razon. Vamos á dejarle la palabra, para eterna vergüenza de todos aquellos que se llaman filósofos cristianos.

Descártes escribió al padre Mersenne que estaba muy resuelto á publicar su tratado del *Mundo*, cuando supo en Leyden y en Amsterdam que el sistema de Galileo acababa de ser condenado por la inquisicion en Roma. «Lo cual, dice, me ha impresionado tanto, que estoy casi resuelto á quemar todos mis papeles, ó al menos á no dejar que nadie los vea.» ¡Qué valor! ¡Qué heroismo! Descártes vivia en Holanda: no habia inquisicion que temer en la república de las Provincias-Unidas; su fortuna, su categoría de gentil-hombre le aseguraban la independencia material; y sin embargo, quiere quemar todo cuanto ha escrito, por el simple temor de una censura de los monsignori romanos! ¿Le parecia acaso fundada la condenacion de Galileo? ¿Estaba convencido de haberse engañado? Descártes dice en su carta á Mersenne que creia su doctrina fundada en *demostraciones muy ciertas y muy evidentes*. Renuncia á publicar verdades *muy ciertas y muy evidentes*, porque han tenido á bien unos estúpidos inquisidores el censurarlas! ¿Se trata tal vez de alguna verdad más ó menos indiferente? Descártes escribe á Mersenne: «Yo confieso que si esta idea del movimiento de la tierra es falsa, todos los fundamentos de mi filosofía lo son tam-

*bien, porque se demuestra por ellos con toda evidencia.*» Escribió además: «Todas las cosas que explico en mi tratado (entre las cuales se encuentra también esta opinion del movimiento de la tierra, condenada como herética en el libro de Galileo), dependen unas de otras de tal modo, que me basta saber que hay una errónea para comprender que todas las razones de que me sirvo no tienen fuerza alguna.» Hé aquí á Descártes renunciando á todos los principios de su filosofía, declarándolos falsos, á pesar de que los creia fundados en *demostraciones muy ciertas y muy evidentes*; y ¿por qué? Porque, dice, «no quisiera por nada del mundo que saliese de él un discurso en el cual se hallase la menor palabra que fuese desaprobada por la Iglesia.» ¿Qué importa que las opiniones condenadas sean *ciertas y evidentes*? Repite que no quisiera por nada del mundo sostenerlas contra la autoridad de la Iglesia. Descártes está bien convencido de que dos y dos son cuatro, pero si la Iglesia dice que esto es una herejía, se apresurará á decir lo mismo que la Iglesia. ¡Hé aquí un hijo obediente de su santa madre! ¡Ah! Aun esto mismo no es verdad. En su carta á Mersenne, Descártes descubre su verdadero pensamiento: *el deseo que tiene de vivir tranquilo, y de continuar la vida retirada que ha comenzado*, es el móvil de su conducta (1).

¿Qué lecciones hay en aquella prudencia de Descártes? Decimos prudencia, porque nos repugna emplear la palabra propia. ¿Qué es una filosofía que abdica ante la autoridad de unos cuantos inquisidores? ¿Puede todavía hablarse, no ya de libre pensamiento, sino de ciencia, si las demostraciones muy ciertas y muy evidentes de los matemáticos pueden ser condenadas como erróneas en punto á la fe por la inquisicion, y si los filósofos deben abdicar de su razon ante esta censura? ¿Qué hemos de decir de la Iglesia y de su infalibilidad en aquel memorable debate? La ciencia afirma y demuestra evidentemente que la Sagrada Escritura se engaña; la Iglesia defiende á la Escritura. En vano se retracta Galileo; sin embargo, la tierra gira. La Iglesia y la Escritura son las que están en el error. Si la Iglesia se equivoca, ¿qué es de su infalibilidad? Si la infalibilidad desaparece, ¿qué es de la fe, úni-

(1) Véanse las cartas en BAILLET, *Vida de Descártes*, t. I, p. 245-247.



co camino para la salvacion? Y si esa pretendida salvacion es una quimera, ¿no tiene la filosofia el deber de oponer la verdad al error? ¡No se atrinchere detras del deseo de reposo y de tranquilidad! Una vida retirada es buena para los frailes: ellos son los que han inventado la máxima favorita de Descartes de que «el sabio debe hacer una vida modesta» (1). La filosofia, lo mismo que la religion, tiene su cura de almas; no tiene el derecho de huir al desierto, ni de encerrarse en una celda; la ley de salvacion para los filósofos es trabajar por el perfeccionamiento de la humanidad.

La filosofia cristiana ha empezado mal; la identidad de la fe y de la razon, tan celebrada por Descartes, conduce á la abdicacion de la razon; es un suicidio. Si el filósofo frances no ha tenido el valor de sostener su principio de la evidencia contra las censuras de unos cuantos inquisidores, el más grande de sus discípulos (seguimos dejando á un lado á Espinosa), Leibnitz, ha sido el objeto de una acusacion igualmente humillante. Es un filósofo diplomático, y desgraciadamente la política es muy frecuentemente la ciencia de la mentira. No se echa en cara precisamente al filósofo el haber mentado; se dice que aspiraba á mantener buenas relaciones con los poderes, y entre estos poderes estaba la Iglesia. Además, Leibnitz era amigo de los príncipes, más de lo que convenia á la gloria de su nombre, porque hoy sus compatriotas dicen que toda su vida anduvo dando caza á las pensiones (2). Debilidad humana, es verdad, pero la intimidación con los soberanos trae consigo tambien otras debilidades. El trono y el altar seguian estando estrechamente unidos cuando Leibnitz entró al servicio de un pequeño príncipe aleman: creíase que la religion era el apoyo más firme del Estado. De aquí el respeto hipócrita que á porfía le mostraban todos los gobernantes. Los ministros no podian hacer más que lo que hacian sus señores. Añádase á esta servidumbre obligada la servidumbre voluntaria de la Alemania, que tiene un profundo respeto á toda autoridad, y se comprenderá la deferencia que Leibnitz manifestó siempre por la Iglesia y por la teología.

(1) «*Bene qui latuit, bene visit.*»

(2) SCHMIDT, *Geschichte des geistigen Lebens in Frankreich*, t. I, p. 390.—HERDER le ha dirigido ya esta censura (*Adrastea*, t. XXXIV de sus obras in-18, p. 14).

Sin embargo, tampoco tenía, como Descartes, que temer á la inquisicion: ¿no vivia en la patria de Lutero? ¿No era protestante? Esto no le impidió cuidar de su reputacion de ortodoxia con tímida susceptibilidad. Uno de sus amigos habia hecho un extracto de la Teodicea; la elogiaba, pero añadía que no por eso aprobaba las opiniones que pudieran separarse de la creencia comun de la Iglesia. Con este motivo Leibnitz, sobresaltado, le escribe: «¿Qué habeis hecho? ¿No se creará que soy culpable de alguna herejía? Si vos, que sois mi amigo, alimentais semejantes sospechas, ¿qué pensarán los demas? ¿No dirán que hay errores peligrosos en mi libro? Debiais haberos limitado á decir que no aprobabais todas mis doctrinas, sin hablar de dogma. Si hubieseis hallado alguna idea heterodoxa, habérmela indicado, que yo hubiera corregido mis expresiones. Porque yo no he dicho nada que se aparte de nuestros libros simbólicos. Podré no estar conforme con nuestros teólogos, pero no quiero separarme de nuestra confesion» (1). Al ver la ansiedad del pobre Leibnitz, no parece sino que los *libros simbólicos* son la palabra de Dios.

¡Cosa extraña! Leibnitz no se preocupaba lo mismo por lo que se pensase acerca de su conducta religiosa. Probaba muy sabiamente que, segun su filosofia, se podia concebir perfectamente que el cuerpo de Jesucristo estuviere en mil lugares á un tiempo; pero se negaba á la inefable felicidad de comerse á su Dios. Defendía las penas eternas contra las objeciones de los racionalistas, y no temia exponerse al infierno no asistiendo al templo ni á la comunión. Vivía sin ocuparse de estas cosas como los incrédulos. ¿Para qué, pues, su filosofia ortodoxa? ¿Y á quién estaba destinada? A los filósofos no, seguramente; ¿á quién, pues? ¿á la masa de los fieles? Pero éstos se contentaban con la Biblia y el catecismo de Lutero. En definitiva, ¿á qué hubiera conducido la filosofia de Leibnitz? A dar la autoridad de su nombre á unas creencias supersticiosas, quedando en su derecho los filósofos de no observar los preceptos de una religion que demostraban estar conforme con la razon. ¿A quién satisfacía con su talento diplomático? A nadie. Los creyentes no tienen necesidad de filosofia. En cuanto á

(1) LEIBNITZ, *Epist.*, edic. Kortholt, t. III, p. 85.



los libres pensadores, no les basta á los que experimentan la necesidad de creer tener una religion teórica que se concilie bien ó mal con la razón; quieren una religion que puedan practicar, si es que prescribe algunas prácticas. En ese caso el compromiso de Leibnitz se parece á esos tratados de paz que los reyes firman muchas veces cuando las naciones están cansadas de la guerra, pero que se apresuran á romper en cuanto cambian las circunstancias. La filosofía no puede aceptar la religion de Leibnitz, porque es una religion revelada, y la revelacion milagrosa es incompatible con la razon. Es menester que la revelacion sobrenatural sea reemplazada por la revelacion natural, permanente, de Dios en la humanidad. Entónces la conciliacion que Leibnitz trató en vano de operar por vía de transaccion, se hará por sí misma, porque la fe no exigirá ningun sacrificio á la razon, ni la razon á la fe.

## II.

La filosofía cristiana no fué aceptada por los *libres pensadores*, porque atendia demasiado á las creencias supersticiosas del cristianismo tradicional. Los *deistas ingleses* se daban este bello nombre de que en vano se quiere hacer una injuria. ¿No es el pensamiento libre en su esencia? ¿Y á quién debemos ese dón inestimable? ¿No es aquel á quien debemos la existencia? El libre pensamiento es, pues, un dón divino; no reconoce límite alguno, porque Dios no le ha impuesto ninguno. ¿Retrocederá, como Descartes, ante algunos frailes que se asientan en Roma y que se llaman los guardadores de la fe? ¿Quién, pues, habia encargado á los inquisidores el ser carceleros de la razon? ¿Dios? ¡Qué sacrilegio! ¿Se detendrá la razon ante una confesion de fe consignada en los libros simbólicos? Pero los que han escrito estas fórmulas son tambien hombres, ¿y pueden los hombres cambiar las leyes de Dios? ¿Pueden hacer esclava á la razon que Dios ha creado libre? Es verdad que los inquisidores de Roma, lo mismo que los teólogos de Augsburgo, invocan una autoridad más que humana, la palabra de Dios. El libre pensamiento se encuentra, pues, frente á una revelacion sobrenatural de la verdad. ¿Abdicará su libertad ante esta pretendida revelacion?

Los filósofos cristianos lo habian hecho. Más atrevidos los *deistas* se negaron á sacrificar su libertad en los altares de una Iglesia cualquiera, y se mostraron en esto más lógicos que Descartes y Leibnitz. Los que oponen al libre pensamiento una revelacion divina son hombres. Pero ¿dónde están sus títulos? Para creer en una revelacion son necesarias razones, son necesarios algunos testimonios. Las autoridades, la razon tiene el derecho de discutir las. Esto es lo que hicieron los libres pensadores de Inglaterra. Ahora bien, examinados de cerca por la razon, los milagros desaparecen lo mismo que las tinieblas de la noche ante la luz del sol. Si no hay milagros, ¿qué es de los misterios del cristianismo histórico? Son todos sobrenaturales por su esencia, empezando por la encarnacion del Hijo de Dios, el más grande como el más imposible de los milagros. Este es el fundamento de la revelacion; con él cae todo el edificio de la ortodoxia, llámese protestante ó católica. Si se despoja al cristianismo de su envoltura milagrosa ¿que queda? Queda una religion que la razon puede confesar, el deismo, que pudiera llamarse tambien una religion racional.

Los filósofos del siglo XVII sostenian que su filosofía era idéntica con la religion, en el sentido de que la fe y la razon son idénticas. Lo que no era más que una pretension entre los filósofos, se convierte en una verdad para los *deistas*. Es decir, que la fe se transforma. A los ojos de Descartes y de Leibnitz, la fe se confunde con la revelacion cristiana, y siendo aquella fe esencialmente milagrosa, resulta que la religion consiste en misterios que sobrepujan á la razon y la contrarian. Hé aquí, por qué fracasaron en su obra de conciliacion. Esta es la razon providencial del advenimiento del deismo. Rechazando los *deistas* los milagros y los misterios, la fe deja de ser sobrenatural para convertirse en natural; desde cuyo momento nada impide identificar la fe y la razon puesto que tienen una y otra en realidad el mismo principio, la naturaleza del hombre. Por eso desde el siglo XVI, el patriarca de los libres pensadores, lord Herbert, decia que los cinco artículos de su religion natural concordaban completamente con el cristianismo (1).

(1) HERBERT, *Religio laici*, p. 9, 10. — Véanse estos cinco artículos en el tomo IX de mis *Estudios*.